

con no pequeña confusion suya, y entre otros, el que á él más pena le daba, que era aquella su tan llorada ingratitud á su Santo ángel; y, por remate, el mismo juez airado y severo le reprehendió gravemente por lo mal que habia tratado á algunos indios. «Dístesles de palos, le decia, azotástelos con demasiado rigor, dijístesles palabras afrentosas; ¿cómo me habeis vos tratado estos mis redimidos, que me costaron toda mi sangre, y los estimo yo tanto como al rey y al Papa? ¿No son hombres como los demas? Pues ¿cómo los habeis tratado como á bestias? No lo hagais así de aquí adelante, sino quereis experimentar mi indignacion.»

Fué tanta la confusion que le causó esta reprehension, el respeto que se le imprimió en el alma para con los indios, y el miedo que cobró de hacerles mal, que despues, cuando esto contaba, le tenia tan grande que le hacia temblar.

Nunca más se atrevió á tratarlos mal de palabra ni de obra; y si alguna vez con las muchas ocasiones que dan por su cortedad, se sentia llevar del enojo, al punto se recobraba y contenia, no sin reparo de los que le veian.

Esto era argumento cierto de que aquella vision no fué sueño, sino verdad: y confirmábase en ella cuando miraba á alguno que los castigaba y maltrataba, porque entónces decia con mucho peso de palabras: «En verdad que si á este le hubiesen pedido la cuenta que á mí, que no se atreviera á tratarlos tan mal:» y es tanto mayor maravilla esto en él que en otros, cuanto fué siempre más inmediato á los indios en obras de trabajo y peso, que es cuando suelen dar más ocasion por su flojedad.

Mas como era voluntad de Dios que sirviese otros muchos años religioso, como lo habia hecho seglar, movió su divina Majestad á un indio, que tenia conocimiento de yerbas saludables, á que le llevase una bebida confeccionada con ellas, que inopinadamente le sanó.

Llevóle el P. Provincial á Manila de vuelta de la visita de las misiones, así por la noticia que tenia en la mar, para que gobernase la gente del navío, como por recibirle en la Compañía, viendo que tantos años en aquel hábito humilde de indio la habia servido.

Dióle la ropa y hábito de la religion en llegando á Manila, con universal aprobacion y gozo de todos, y más suyo, por verse ya religioso.

Comenzó su noviciado, no como novicio en la virtud, pues tantos años la habia profesado, ni en las ocupaciones y empleos religiosos, que de muy atrás, aun sin serlo, los guardaba y cumplia; pero sí en el fervor, con que de nuevo los emprendió y ejercitó, porque en él procedió como muy fervoroso novicio.

Volvió despues á la provincia de Pintados, y estuvo en casi todas las resi-

dencias de ella, de todos los Padres é indios amado y deseado, y siempre el mismo.

Y aunque mudó de hábito, pues ya le tenia de religioso, habiéndole traído tantos años de criado; pero no del hábito de humildad que habia adquirido en tan humilde estado; tan humilde, pobre y abatidamente se portaba en todo como si de todos fuera esclavo; con el mismo aliento y espíritu trabajaba en los oficios humildes, como si entónces comenzara; á todo trabajo se ofrecia, en nada reparaba, siempre estaba á punto para cualquiera jornada.

Solíase llamar por afrenta un jumento, un animal, y verdaderamente lo era en el trabajo, sin resistir á nada; pero no en la capacidad, que ésta era muy grande, solamente tenia boca, cuando le mandaban algo, para facilitarlo.

Entónces decia que con cuatro indios lo haria, y así era verdaderamente, que con muy pocos que le ayudaban, obraba lo que otros no pudieran hacer con muchos.

Portóse en su trato con los Sacerdotes con la humildad que ántes; siempre estaba con la cabeza descubierta delante de ellos, y los miraba y trataba con gran respecto. Asistia en pié como criado que estaba alerta á cumplir lo que le mandasen; pero si alguna vez le mandaban que se sentase junto á ellos, no queria sentarse en el banco, sino en el suelo: hasta en el refectorio, donde la Compañía profesa tanta igualdad que nadie, sino el Superior, tiene asiento señalado en él, hallaba traza cómo humillarse, porque aguardaba á la puerta á que todos entrasen, para sentarse él el último.

Muchas veces acontecia que, como á hombre de tanta experiencia en cosas árdas, le preguntaban su parecer, mas él, con gracia y risa, al punto respondia, que era un nécio y hombre sin consejo, y así, que para qué le pedian su voto.

Y aunque en esta virtud de la humildad dió raros ejemplos siendo religioso, mayor maravilla es sin duda que los diese ántes de serlo; porque ántes que fuese recibido en la Compañía, en tiempo que andaba vestido como indio, fué muchas veces enviado á Manila en un navío á traer provision para las residencias. Parece que pudiera entónces, siendo español, mudar de traje y vestirse como tal para tratar con españoles; pero él nunca lo quiso hacer; con el mismo hábito pobre de indio, con su jaquetilla y calzon, descalzo y descubierto andaba por las calles de Manila.

Estando un dia solo guardando su navío en el rio de la ciudad, porque á todos sus compañeros habia enviado á varias partes, acertó á pasar por allí un fraile Francisco; este tuvo necesidad de pasar un estero que estaba allí cerca, y no lo podia hacer sin que le cargasen; y como en el traje nuestro Juan no se diferenciase de los indios, llamándole como á uno de ellos, le dijo:

«Ven acá indio, pásame por tu vida á la otra banda.» Él al punto acudió, y con mucha alegría se le cargó y pasó á cuestras. Llegóse luego al Padre, y con mucho respeto le pidió la mano, como hacen los indios en aquella tierra, y se la besó. Reparó el religioso en el aire y modo con que se portó con él al pasarle y besarle la mano, y le dió curiosidad de trabar conversacion con él, dudando si era indio, y como vió que respondia tan bien, tan á propósito, y en lengua española tan cortada, le dijo: «Vos, hermano, no parecis indio, sino español; si lo sois, decidme, ¿cómo andais así? ¿No teneis vergüenza de portaros como indio, siendo hombre blanco?» «No, Padre,» respondió nuestro Juan, «porque lo hago por amor de Dios.» Y aunque él no queria descubrirse, al fin le hubo de decir quién era y de qué tierra, por que se lo preguntó con instancia, y cómo se ocupaba en servir á los Padres.

El religioso le conoció, porque era de su mismo pueblo, y considerando la humildad con que le habia pasado, dejándose tratar como indio en obras y palabras, sin decir él ninguna, le abrazó con respeto y reverencia, y le fué desde allí muy aficionado.

Este caso contaba despues el buen religioso en sus conventos, por ser de grande edificacion y ejemplo. Lo mismo le sucedió otras veces con personas que no eran Religiosos ni Sacerdotes, y se los cargaba con la misma humildad y alegría en los malos pasos.

A un soldado de pocas obligaciones y burlon cargó y pasó de un lodo: él en pago de la buena obra que le hizo, le dió un pescozon, haciendo burla del Hermano; sufrió la injuria con paciencia y humildad, sin dar muestra alguna de sentimiento: hizole esto despues reparar al soldado, y, sabiendo quién era, le pidió perdon. «Vm., señor soldado, respondió nuestro Juan, me ha tratado como quien soy y como merezco, y así no hay que perdonar.»

Si ántes que entrara en la Compañía, en aquella su primera probacion tan larga padeció y trabajó tanto, despues cuando estuvo ya en ella, que fueron más de treinta años, no fueron menores sus afanes.

Puédese con verdad decir que padeció innumerables trabajos, desdichas, hambres, frios, lluvias, desnudez, soles, injurias y afrentas, enfermedades y achaques; pero todo esto lo llevaba con tanta igualdad de ánimo y serenidad de semblante, que se echaba de ver estaba entónces cogiendo preciosos frutos de paciencia.

Era muy de ordinario atormentado de mal de piedra con intensísimos dolores, y como en aquella tierra hay tanta falta de medicinas, el antidoto con que se curaba y aliviaba era la paciencia; y aunque era enfermo de estómago, y hombre de poca salud, se contentaba siempre con su arroz y sal cuando iba á algunas facciones (que era muy de ordinario), el cual comia con

los indios en el mismo plato ú hojas de árboles, mal é insulsamente cocido.

Dormia en el suelo y al sereno, envuelto en un pedazo de jerga basta, que con facilidad la daba á los indios, cuando veia que tenian frio.

Descalzo andaba tambien en saliendo al campo, y descubierta la cabeza, como cuando era pretendiente, aunque en los últimos años añadió, por estar ya tan viejo, un sombrero tejido de hojas de palmas.

Domaba su cuerpo y le trataba como si fuera insensible. Todas las noches tomaba una rigurosa disciplina por todo el cuerpo, hasta dejarle bañado en sangre. Trafale cubierto de pies á cabeza con una cosa más áspera y penosa que cilicio, que eran unos malignos empeines, que con su ardor le martirizaban día y noche: y no es de maravillar, que el que estaba ejercitado con tantas penas y dolores hubiese mudado la naturaleza de hombre en la de un ángel.

Puedése decir que su castidad fué celestial, aunque el demonio le affigia mucho con feas tentaciones. Muchas veces le solicitaron mujeres, andando por los pueblos y sementeras; mas él, como otro Joseph, se huia por los campos, andando algunas veces casi toda la noche con lluvias, frios y lodos, sin parar, hasta ponerse en seguro, con gran riesgo de que le picaran culebras sus pies descalzos. No le vieron nunca hablar con mujeres: y siendo algunas veces llamado de ellas á la iglesia para algun negocio, las respondia desde fuera que él no era confesor ni predicador; y así, que no le llamasen, sino que le encomendasen á Dios.

Siempre estuvo colgado de la voluntad de sus Superiores, á los cuales obedecia no sólo con prontitud de ánimo, sino con semblante muy alegre, no habiendo cosa para él dificultosa, si se la mandaban, aunque de verdad lo fuese.

Entónces no reparaba en lluvias ni soles, no le atemorizaban tempestades, ni le acobardaban peligros, aunque fuese entre enemigos. Las incomodidades le eran gustosas y los trabajos descanso: nunca se vió que el Hermano resistiese ó propusiese á cosa alguna que le mandase el Superior. Parecia hecho de propósito, á medida del deseo de los que mandaban.

Era hombre que habia adquirido grandes experiencias en la tierra, entendido en todas materias y juicio muy cabal, y que pudiera dar su parecer como cualquiera; pero, siendo mandado, no sabia ni entendia otra cosa sino aquello que le mandaban.

No hallaba entendimiento para juzgar lo contrario, ni tenia boca para contradecirlo, sino manos y aliento para ejecutarlo.

Dirá alguno que no le conoció, que está sobradamente encarecida la obediencia de este Hermano; pero á los que le vieron y trataron parece poco lo

dicho, porque más parecía ave que volaba, cuando le encomendaba alguna cosa el Superior, ó ángel enviado de Dios á alguna embajada, que hombre presto y ligero para cumplir lo que le ordenaban.

Su caridad y amor con Dios era, entre estas y otras virtudes que en el Hermano resplandecian, como la luna entre las estrellas en la noche oscura de esta vida. Estaba en él tan abrasado, y su llama le encendia el corazon en tanto extremo, que arrebatado en Dios, y más padeciendo que meditando, al modo de S. Dionisio Areopagita, de quien se dice que *erat patiens divina*, se quedaba absorto en su contemplacion.

Alcanzó un modo de orar y contemplar en Dios tan perfecto que dijo un dia á su Superior, dándole cuenta de su alma, como es de costumbre, estar ya en el suavísimo ejercicio del divino amor, tan unido con su Dios, que cuando oraba no se distraia ni apartaba la imaginacion un punto de Él.

De aquí le nacia aquella como natural conformidad con la divina voluntad, que en todo tenia. De esto dió muchos y singulares ejemplos á los que le trataban; pero este divino y abrasado amor, que le ardia en el pecho, no solamente se quedaba en él y en él se conservaba, sino que tambien arrojaba vivas llamas en los que le oian: á cualquier género de personas que hablaba, movia y aficionaba á la virtud, y encendia en deseo de la perfeccion.

Este espíritu valiente y, digámoslo así, doblado, parece heredó cuando se le ausentó, como otro Elías á Eliseo, su celestial maestro; y aunque le desamparó de la vista material y corpórea, pues ya en muchos años no le veia; pero no parece que se ausentó del todo, porque en él quedó como una capa ó apariencia de su maestro.

No perdió aquel espíritu doblado con que hablaba á sus prójimos, y los abrasaba en amor de Dios cuando él le asistia: sus brasas quedaron encendidas en su pecho, aunque cubiertas con la ceniza del desamparo y desconsuelo, con ellas arrojaban tanto fuego sus palabras. Sus razones eran tan eficaces, y de ellas surtian tan maravillosos efectos, que ponía admiracion su elocuencia á los más doctos.

Admirábase de ver á los Padres que estudiasen para predicar, porque él de repente hablaba en cualquiera materia espiritual con gran magisterio.

Volvió despues de muchos años á Manila, donde tuvo á cargo algunas haciendas: en ellas tenia comunicacion con religiosos de varias religiones, ó ya porque ellos, pasando por allí, se hospedaban en casa; ó ya porque el Hermano iba á otras haciendas suyas, donde se decia Misa, por oirla.

Con esta ocasion trataba con ellos de cosas de Dios; y como veian que con el fuego de su espíritu les alentaba, y se venian á encender en amor de Dios

con sus palabras fervorosas, no le sabian llamar con otro nombre sino con el de santo.

Un Provincial de la religion de los PP. Predicadores, que florecia en estas islas con fama de santidad, se iba de propósito á una hacienda suya, que estaba cerca de la que el Hermano cuidaba, sólo por comunicarle: con él tenia largos coloquios, y salia de ellos tan encendido y fervoroso que, con ser tan santo y docto, le veneraba como á maestro de espíritu. Si le llevaban de Manila algun regalo, al punto decia: «Guarden esto para cuando el Hermano santo venga á Misa.»

No era menor la eficacia de este siervo de Dios para ablandar corazones duros y empedernidos de pecadores, que para recrear y afervorizar los de los justos. Raro fué el hombre perdido y olvidado de su salvacion á quien él hablase de propósito, que no le persuadiese á que se confesase é hiciese mudanza de vida.

Estando el Hermano en el astillero, donde se fabrican naos para el remedio de estas islas, que de ordinario suelen tener á costas nuestras doctrinas, habia en él un español honrado que no lo era en las costumbres: este tenia á todos escandalizados con un amancebamiento público y de mucho tiempo.

Cayó en una grave enfermedad, y no fué bastante para dejarle el peligro de muerte en que se via. Exhortábale un Padre de los nuestros, que allí administraba los Santos Sacramentos, á que se dispusiese para recibirlos: iba una vez y otra á visitar al enfermo con nuevas razones para que dejase aquella ocasion de grado, ántes que la muerte se la hiciese dejar por fuerza; ya le proponia la pérdida de su alma, ya el rigor del juez que le habia presto de pedir cuenta, ya las penas del infierno, á que segun la presente justicia estaba condenado, ya los bienes eternos, de que se privaba por un vil deleite, en que ya no podia deleitarse; pero él estaba tan ciego en el torpe amor, que con las luces que el Padre le proponia, se cegaba más; porque ni le hicieron fuerza sus razones, ni pudieron alcanzar nada de él sus importunos ruegos.

Rogó al Hermano que visitase aquel enfermo, á ver si se le ablandaba el corazon con sus palabras sencillas, porque él estaba ya desesperado de convertirle: resistió humilde el Hermano, pareciéndole presuncion reprehender, siendo un simple y sin letras, una cosa tal que un Sacerdote docto habia intentado sin efecto; pero, mandado del Padre, y siendo de otros muchos rogado, obedeció, así por la importunacion con que se lo pedian, como movido del amor y caridad que tenia á los prójimos. ¡Oh caso raro! Apenas le comenzó á hablar con aquella eficacia de razones que él solia decir á semejan-

tes personas, cuando herido el enfermo del espíritu con que las decia, mandó salir de su casa la mujercilla; prorrumpió luego en lágrimas de dolor y compuncion de sus culpas, mandó llamar al Padre, é hizo con él una confesion general de toda su vida, con grandes muestras de sentimiento, por haberla tan mal gastado: y poco despues rindió el alma á su Criador, dejando á todos con prendas de su salvacion.

Con este y otros semejantes casos, que de ordinario le sucedian al buen Hermano, el nombre con que le llamaban de ordinario los soldados era el de Santo y Predicador.

Era muy cándido y sincero; y así de todos tenia buena opinion, sin poder juzgar mal de alguno: no sabia murmurar de nadie, y cuanto callaba y encubria las faltas que de otros entendia, tanto tenia de exagerador de las hazañas y virtudes de cualquiera.

Estando, pues, adornado de estas y otras muchas virtudes, cargado ya de años y merecimientos, fué para colmarlos todos enviado por obediencia de su Superior con muchos indios del astillero á cortar maderas de los montes, para que con su industria y buena traza, se les hiciera trabajo tan grande más llevadero.

Allí se le mostró visible en forma de un hermoso mancebo, con rostro muy alegre y apacible, el ángel que arriba dijimos, el cual le habia dejado más habia ya de treinta años: «Juan, le dijo aquel celestial mancebo, mira que ya es tiempo.» Volvió á casa á dar cuenta al Superior de lo que le habia pasado: juzgaron los dos por aquella voz y visita celestial, que ya le quedaban pocos dias de esta vida mortal, y que aquel era aviso de su ángel, que le daba en orden á que se dispusiese para la eterna. Comenzó de nuevo el ejercicio de las virtudes con mayor esfuerzo.

Desde entónces no se trataba como hombre de la tierra, sino como ciudadano del cielo; y aunque volvió al monte á proseguir con su obediencia en compañía de los indios, su vida era allí como de un ermitaño contemplativo, hasta que, finalmente, despues de dos meses, con el mucho trabajo y mal tratamiento que hacia á su cuerpo, comiendo mal y andando al sol y al agua, vino á enfermar de muerte.

Agraváronse entónces todos los achaques antiguos; salteóle una calentura maligna, y relajósele el estómago de suerte con una continua disenteria, que se vió obligado á volver á casa.

En ella dentro de pocos dias murió, habiendo recibido con mucha devocion los Sacramentos de la Confesion, de la Eucaristía y Extremauncion.

Enterróse con gran concurso de los indios, que tiernamente le amaban y veneraban; y los españoles del astillero, á quienes tanto habia servido con

obras espirituales y corporales, le asistieron y honraron su entierro con devocion y ternura.

Quedó la memoria dulce y suave de este religioso Hermano perpetua en los corazones de todos los que le trataron, y á los HH. Coadjutores de esta provincia les dejó un ejemplar de todas las virtudes que imitasen; porque verdaderamente fué el H. Juan de Ballesteros uno de los que más han calificado y honrado su estado humilde y seguro, y digno de eterna memoria para todos los siglos.

Murió á 20 de agosto de 1646 años, para vivir eternamente en el cielo.

Su vida escribió el P. Miguel Socana, Provincial de Filipinas, y la envió á las provincias de Europa y de las Indias para comun edificacion, y para lo mismo se pone en este libro.

P. ANDRADE.

P. FRANCISCO PALIOLA

EL venerable y santo P. Francisco Paliola, fué natural de la ciudad de Nola en el reino de Nápoles y provincia de Campania.

De sus padres, infancia y juventud tenemos pocas noticias, porque entró en la Compañía de treinta y un años cumplidos, acabados sus estudios y ordenado de Sacerdote: y cuando esperaba alcanzar los premios y dignidades del siglo, en que vivir honrado y regalado, trocó las pretensiones del mundo por las de la cruz de Cristo, pidiendo ser recibido en la Compañía para hacer de sí agradable sacrificio á Dios en el ara de la religion, como lo hizo, no sólo sacrificando su voluntad y libertad con todos sus apetitos, sino su vida y su sangre, derramándola por Cristo.

Entró en la Compañía el año de 1637 á 2 de febrero, y habiendo cumplido los dos años de noviciado, leyó otros dos Gramática, con grande edificacion y ejemplo; y oyendo leer en la Comunidad los grandes empleos de nuestros religiosos en las Indias, la necesidad que habia de obreros, las almas que se perdian por falta de ellos, y últimamente, los martirios de muchos que, renovando el fervor de los cristianos antiguos en el principio de la Iglesia, daban con heroica constancia sus vidas por Cristo; envidiando su dicha y deseando alistarse en su número, pidió á los superiores con todas las veras de